

## 22° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 20.09.2014

“Me encontraron los centinelas, los que hacen la ronda en la ciudad. Me golpearon, me hirieron, (...). Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que enferma estoy de amor” (Ct 5,7-8).

Es como si la esposa hubiera sido “contagiada” por la herida de amor del corazón del Esposo, como si hubiera cogido su... virus. Es el virus de la compasión, del sufrir con el amado, del amar hasta padecer, hasta sufrir con el otro, hasta dejarse conquistar por el sufrimiento del amado.

Esta compasión es la naturaleza profunda del sufrir de Dios por el hombre, que es, en el fondo, el único modo con el que Dios puede sufrir por el hombre y, por lo tanto, el modo más puro de sufrir nosotros con Él si estamos unidos a su Corazón, si recibimos el Corazón herido de Cristo.

Nos lo ha recordado el Papa Benedicto en la encíclica *Spe salvi*: “Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*, Dios no puede padecer, pero puede compadecer [*Sermones in Cant., Serm. 26,5*]. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza.” (*Spe salvi*, § 39).

San Bernardo crea esta frase, y este profundo pensamiento teológico, en el Sermón 26 sobre el Cantar de los Cantares, en el que desahoga su dolor por la muerte del hermano Gerardo.

Dice: “Dios es amor, y cuanto más unido se está a Dios, tanto más lleno de él se vive. Ciertamente, Dios es impassible, pero no deja de ser compasivo (*impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*) y siempre inclinado a compadecerse y perdonar.” Y continúa dirigiéndose al hermano difunto: “Por tanto, necesariamente serás misericordioso unido a su misericordia, aunque hayas superado toda miseria; ya no padeces, pero te compadeces. Porque tu afecto no ha menguado, se ha transformado. Ni cuando te revestiste de Dios te despojaste de tu solicitud por nosotros: y a él le interesa nuestro bien. Perdiste la debilidad, pero no la ternura. El amor no falla nunca” (*Sermones sobre el Cantar de los Cantares, 26,5*).

Lo que Bernardo dice del estado del hermano muerto, vale también para nuestra participación mística en el Corazón de Cristo. La vida mística anticipa la vida eterna en cuanto a nuestra relación con Dios. Pero la mística cristiana es una relación nueva con Dios en Cristo de la que fluye una relación nueva con todos,

porque “Dios es amor” (1 Jn 4,16). De aquí nace un nuevo modo de amar, en el que domina en nosotros la relación de Dios con toda la humanidad, que es una relación de compasión y consuelo, como subraya Benedicto XVI.

Con respecto a esto, diría que las dos traducciones del Ct 4,9 – Me has robado el corazón... Me has herido el corazón...– vienen como a sobreponerse, a coincidir. Con la mirada a Cristo, cogemos su Corazón, porque provocamos su compasión o, más bien, nos abrimos a ella, la dejamos brotar hacia nosotros. Conociendo el misterio del Corazón de Dios, descubrimos su sufrimiento divino por el mundo, que es su compasión sin límites. Es la etimología agustiniana del término “*miser cordia*”: “dar el corazón a los míseros”. Diría que el amor de Dios revelado por Jesucristo es la coincidencia de la com-pasión con la con-cordia: un padecer con el otro que es un unir el propio corazón al corazón del otro. Es este amor de compasión y concordia el que debe animar la comunión de los cristianos, como lo ilustran los Hechos de los Apóstoles cuando hablan de la comunidad como lugar de concordia en la oración en la que los unos se hacen cargo de las necesidades de los otros (cfr. Hch 1,14; 4,32).

Y esta compasión tiene para nosotros su única y total fuente en Cristo crucificado y resucitado, así como se manifiesta en el Cenáculo la tarde del día de la Resurrección, dando su paz, mostrando su costado abierto, y soplando el Espíritu del perdón de los pecados sobre sus discípulos (cfr. Jn 20,19-23). Una fuente que brotando se extiende, se difunde, se convierte en torrente, río y mar. Por la que también nosotros, si nos dejamos inundar por ella, nos encontramos participando en la difusión de su compasión hacia cada ser humano y toda la creación. Y esta fuente es tal que cuanto más participamos en su difusión, más nos encontramos sumergidos en ella, concentrados en ella. Porque el difundirse de la compasión de Cristo hacia el hombre, cuanto mas grande es, mas nos manifiesta la potencia de la fuente misma. Cuánto más se muestra en el mundo la caridad de la Esposa, es decir, de la Iglesia, más se manifiesta al mundo el Corazón de Cristo.

Y es precisamente esta compasión, este consuelo, que desde Cristo se difunde al mundo, lo que humaniza al mundo, como, espero que recordaréis, nos dice el Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: “Urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás.” (§ 264)

Solo la compasión de Cristo humaniza el mundo. Lo humaniza si sus discípulos, es decir, nosotros, tienen esta experiencia y la transmiten con su vida vivida en el amor de Cristo.

Añado una observación que me parece importante, en cuanto a la mística de nuestros padres y madres cistercienses, y no solo de ellos. La idea de que lo que

hiere el corazón de Cristo es la mirada de la amada – “Tú me has herido el corazón... con una sola de tus miradas” – nos ayuda a comprender por qué en la mística cisterciense no es tanto el aspecto de la reparación que caracteriza la devoción al Corazón herido de Jesús, la devoción a sus llagas de Crucificado. Porque no es tanto el pecado y la hostilidad del hombre lo que hiere el Corazón de Dios, sino más bien es Dios mismo quien “se hiere” a causa de su sensibilidad infinita con respecto a nuestro amor, a nuestra mirada de amor, es decir, a la relación con nosotros. No es tanto la ofensa la que hiere el Corazón de Cristo, sino la alegría de obtener el don de nuestra mirada, de nuestra atención. Por lo tanto, no es una reparación que se culpabiliza la que debe prevalecer, sino una sensibilidad al deseo apasionado de Dios en nuestros encuentros. Si debemos reparar algo con respecto al Corazón de Cristo es nuestro descuido, nuestro olvido de Él, el no darnos cuenta de que Él nos ama y nos desea hasta padecer por nosotros.